

Patadas contra el fascismo

Marcelo Somarriva Q.



Lo que pasó en la Universidad Austral con la ministra de Ciencias, Ximena Lincolao, es en parte consecuencia de la manía con la que mucha gente ha estado proclamando que en Chile nos gobierna la ultraderecha, que no significa otra cosa que fascismo puro y duro.

Se trata de un simulacro político impulsado por la nostalgia terminal que padece la izquierda, que en su desesperación busca reanimar su propio cadáver llamando a que otros den las luchas de otro tiempo, y otros lugares, con todas las armas que encuentren.

La violencia fue la respuesta que, por ejemplo, adoptó el movimiento antifa en Estados Unidos cuando decidió renunciar a las luchas democráticas tradicionales para enfrentar a palos a los neofascistas que los atacaban de igual forma. Eso en lenguaje anarquista se llama la acción directa, el recurso de la destrucción y la violencia cuando tu rival no te ofrece más que eso.

Mucho tiempo, un impulso similar llevó a miles de jóvenes de todo el mundo

a peregrinar a España, a comienzos de la década de 1930, a defender la República del avance del fascismo.

Fue la causa romántica y cosmopolita que llevó a Eric Blair, el futuro George Orwell, y a muchos otros de su generación, a enrolarse en las brigadas internacionales y sumarse a una guerra ajena de la que entendían poco y nada, salvo que había que hacer cualquier cosa para detener la marcha fascista.

El mismo Orwell describe ese momento en su clásico libro de memorias, Homenaje a Catalonia. El llamado a las armas fue la última instancia, cuando sus convicciones más o menos digeridas de un socialismo humanista parecían del todo ineficaces para enfrentar a esta nueva ideología beligerante y destructiva que se cernía sobre el mundo.

Así fue como él y tantos otros tomaron las armas, aunque apenas supieran usarlas. Durante esos años mucha gente joven de todo el mundo se sumó al comunismo para detener al fascismo y muchos también terminaron desencantados y de-

rrotados luego de constar que el remedio era tan malo como la enfermedad.

Aquí en Chile, la violencia estudiantil de carácter político ha encontrado legitimación mediante este espejismo que distorsiona la realidad transformando a sus rivales en opresores terribles. No se trata solo de oponerse a un alza de los pasajes del metro o a un recorte del presupuesto, sino de un combate frontal contra personas que encarnan la amenaza feroz del fascismo.

Quienes corrían detrás de la ministra para patearla o insultarla no estaban persiguiendo a quien anunciaba el fin de las becas para posgrados en el extranjero, sino a la representante de un gobierno terrorífico. Creo que esto no es un mero error de perspectiva ni de dimensiones, sino el resultado de un discurso tóxico difundido, con cálculo y esmero, por políticos que ofrecen una épica postiza a los impulsos vacíos de otros, porque en la lucha contra el fascismo todo está permitido.

“Esto no es un mero error de perspectiva sino el resultado de un discurso tóxico difundido con cálculo y esmero”.

Gonzalo Cowley



Extremistas del diálogo

Habitamos una era de fragilidad marcada por un cambio tecnológico nada de artificial, cuya velocidad no solo altera mercados, cadenas productivas y formas de aprender; también está fracturando la seguridad personal ante la incertidumbre. Y ese escenario tiene un correlato de postpandemia, dónde la salud mental resultó intensamente exigida para retomar normalidades en un entorno global donde la palabra, herramienta fundamental de cohesión, parece estar en retirada. Como advierte Mark Thompson en Sin palabras, la degradación del lenguaje político ha vaciado de sentido la esfera pública, dejando el camino libre a la agresión.

Es el caso de la violencia que se ha ejercido contra una ministra de Estado en una sede universitaria, cuyo hecho constituye un síntoma más de una patología mayor: el abandono del rigor en la palabra y un compromiso feble con el diálogo. Hoy la opinión pública se gesta en plataformas digitales que premian la licencia verbal y la descalificación inmediata.

Es preocupante observar cómo niños y jóvenes forman su criterio en este ecosistema de hostilidad, pero es aún más grave el rol de los adultos. Cuando líderes y figuras de autoridad abandonan la argumentación para actuar con el capricho y la virulencia de un niño, generan un «efecto espejo» que maltrata el tejido social.

Infantilización del liderazgo podría decirse, aquel que moldea conductas de referencia al menos reprochables. Defender posiciones o puntos de vista no tiene por qué ser sinónimo de comportamientos pendencieros en redes sociales. Al fin, el mensaje que se transmite a las nuevas generaciones, es que el poder se ejerce a través del ruido y no de la razón y le restamos al diálogo su virtuosismo, en tanto arma de disuasión masiva.

Ante el fanatismo del insulto, urge recuperar la convicción de Jaime Castillo Velasco —abogado, filósofo y exministro— y recuperar su frase en que se declara «extremista del diálogo». No se trata de una postura ingenua, sino de una resistencia humanista. En un mundo que nos empuja a vaciar el pensamiento crítico y al grito vacío, el diálogo es el único puente capaz de sostenernos. Recuperar la palabra es, en última instancia, recuperar nuestra propia capacidad de convivir.

Crédito fiscal como motor del empleo

Gonzalo Valdés

Subdirector Instituto UNAB de Políticas Públicas



Chile atraviesa una crítica parálisis laboral. Y esta fragilidad nos encuentra en el umbral de la Cuarta Revolución Industrial; un proceso que, históricamente, suele castigar el empleo en sus inicios y entregar sus beneficios al final.

El Gobierno ha dado pasos en la dirección correcta al proponer un crédito fiscal para la contratación formal y una necesaria reducción del gasto estatal para revitalizar al sector privado y sanear las cuentas públicas. Sin embargo, estas medidas son insuficientes si no se complementan con incentivos. Para esto proponemos dar un crédito fiscal a los pioneros.

Esta estrategia, que cimentó el milagro económico de Singapur y el sudeste asiático, consiste en otorgar beneficios tributarios a “empresas pioneras”, definidas como las que desarrollen actividades hoy inexistentes en el país. No se trata de exigir innovación disruptiva ni inversiones astronómicas en I+D; el único requisito es

la novedad productiva.

Este crédito tributario sería aplicable a un porcentaje de los salarios de trabajadores directamente vinculados a la nueva actividad, el cual solo puede utilizarse si el proyecto genera utilidades y es consistente con la meta gubernamental de aumentar el empleo formal. El objetivo es incentivar a quienes se atreven a expandir nuestra frontera económica.

Este modelo ofrece dos ventajas fundamentales. Primero, evita que la burocracia estatal intente “jugar al mercado” eligiendo ganadores de forma arbitraria. Segundo, subsidia dos bienes públicos críticos de los que hoy carecemos: resiliencia macroeconómica y expertise práctica.

Nuestra matriz productiva sigue peligrosamente concentrada en el cobre, la celulosa y el salmón. Si bien somos competitivos en estas áreas, esa dependencia nos deja vulnerables ante shocks sectoriales. La historia ya nos dio una lección brutal con el salitre sintético; persistir en una matriz estrecha es aceptar

un riesgo sistémico innecesario. Incentivar negocios pioneros es apuntalar la diversificación directamente.

Por otro lado, existe un problema de transferencia de habilidades. Hoy, el capital humano chileno domina pocas industrias. Los nuevos sectores requieren que las empresas inviertan en enseñar un conocimiento práctico especializado que no se adquiere en aulas universitarias ni es “apropiable” por el inversor, pues el trabajador se lo lleva consigo. En la práctica, este *know-how* se comporta como un bien público que el Estado debe fomentar.

En los años 90 y 2000 el Estado de Chile invirtió fuerte en infraestructura, haciendo más competitivos a nuestros mercados. Ese momento quedó atrás. El futuro de Chile depende de su capacidad para insertarse en la economía del conocimiento y la diversidad productiva. Es el momento de que el sector privado lidere esta transformación, respaldado por un diseño institucional que premie la audacia de los pioneros.

“El futuro de Chile depende de su capacidad para insertarse en la economía del conocimiento”.